

Media”, sobre todo porque algunas realidades peninsulares habrán seguido una evolución distinta y en todo caso insospechada en este lado del Atlántico. Me parece que esa construcción requiere, ante todo, una actitud de apertura que trascienda la connotación restrictiva que impone la “medianía” a lo que llamamos “Edad Media”. Esto sólo será posible mediante un esfuerzo crítico que, apoyado en el saber historiográfico ya consolidado, construya preguntas frente a un pasado “medieval” que es preciso conocer. Sin esas preguntas difícilmente llegaremos a apropiarnos la Edad Media hispánica que es, por derecho propio, tan nuestra como nuestra lengua materna.

Óscar MAZÍN
El Colegio de México

Erika PANI: *Para mexicanizar el segundo imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México: El Colegio de México-Instituto Mora, 2001, 444 pp. ISBN 968-12-0892-7

Esta obra, fruto de estudios doctorales en el Colegio de México, es una historia-tesis de la manera más expresa. Desde el título mismo, la autora nos sugiere que el imperio de Maximiliano de Habsburgo en México debe entenderse como una experiencia política netamente nacional, no como una aventura de extranjeros voraces ni de mexicanos marginados o traidores. La lógica y la disciplina empleadas por Pani en la realización de este argumento son claras y de golpe certero. Comienza su análisis a mediados del siglo XIX para mostrar cómo, desde entonces, había una convergencia de preocupaciones y reflexiones que caracterizaban a la clase política en su búsqueda de parámetros políticos adecuados para la construcción del Estado mexicano. El temor al pueblo, el deseo del orden y la convicción de que se debía encauzar el progreso a partir de obras materiales relevantes, así como la disposición de recortar la democracia en persecución de tales fines, unían en el fondo a actores políticos distanciados por cuestiones de ideología expresa y de partido. La autora coloca su análisis precisamente en este nivel previo del “imaginario político” para lograr su propósito de mostrar a los mexicanos “imperialistas” en el centro del espectro político nacional, no en sus márgenes.

E. Pani insiste en que los futuros hombres del imperio, llegados al escenario de la vida política nacional en los años cuarenta, eran producto de una cultura política heredera de la revolución francesa y la Ilustración. No miraban desde estos fenómenos para atrás, sino hacia adelante, hacia la conformación de un Estado nacional garante de un régimen de libertades civiles que, apartando la autocracia, alejara de igual manera la anarquía. Encuentra que en sus inclinaciones instintivas tales hombres rehuían una definición de la "libertad" que fuera exclusivamente política y se inclinaron en favor de una libertad gradual y parcial, sometida a condicionantes de la "razón" y el interés común de la sociedad toda. En su afán por volver la libertad domesticable y por ende llevadera, manifestaban decidida preocupación por la superación material y progresiva a través de obras públicas que pusieran las bases para una convivencia social moderna. En lo que plantea y lo que su obra sugiere, la autora crea puntos de conexión entre la política borbónica de modernización desde arriba, la proliferación de pensadores moderados a mediados del siglo XIX, la formación del segundo imperio, y la forja del liberalismo-conservador del porfiriato. En este contexto, Pani hace esfuerzos interesantes por diferenciar los orígenes del conservadurismo mexicano —moderado, de un optimismo prudente, práctico y muchas veces progresivo, y preocupado siempre por el establecimiento de un régimen de derecho— del conservadurismo francés, para citar un caso clave. Aquí la autora hace planteamientos que redondean los estudios que publicaron Humberto Morales y William Fowler (coords.): *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-University of Saint Andrews-Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, 1999, en cuanto al origen autóctono y más bien liberal del conservadurismo mexicano en sus expresiones dominantes. Esto da pie, desde luego, para que liberales y conservadores se encuentren en el moderantismo.

La autora propicia una discusión interesante de la interacción de la prensa mexicana con los eventos políticos europeos en Francia y España. Al hacerlo, nos muestra un interesante panorama en que los liberales mexicanos moderan fuertemente sus ímpetus libertarios al tropezar allí con los aspectos desagradables de las revoluciones populares. A la vez, los conservadores se muestran más acoplados a los cambios y optimismo del siglo XIX al hallar los aletargados sucesos en España motivo de poco aliento y los planteamientos de un Juan Donoso Cortés dignos de con-

templación, pero criticables por su conservadurismo y espíritu religioso desmedido. Pani encuentra una interacción creativa de la prensa mexicana con la europea, en donde lo que va llamando más la atención de los pensadores mexicanos es la posibilidad de romper estereotipos y ortodoxias políticas y concretar un régimen de gobierno más capaz de progresos concretos y libertades efectivas. El imaginario político mexicano se flexibilizaba por medio del análisis de lo transcurrido en Europa, abonando el terreno con perspectivas compartidas que abatían algunas diferencias entre conservadores y liberales, en beneficio de los moderados de ambos signos.

Si la lectura de las experiencias europeas propiciaba un eclecticismo más desenfadado entre conservadores no menos que liberales mexicanos, Pani tiene un interés particular en demostrarnos que los primeros estaban lejos de constituir un grupo compacto o de signo democrático. Los que prevalecieron en la redacción de la Constitución de 1857 no estaban bien unidos entre sí, y la mayoría temían al pueblo del presente no menos que aspiraban a representar al del futuro progresista. Partidarios del voto indirecto y de una rigurosa propiedad privada, algo incongruentes en su federalismo predominante al aspirar a un gobierno central más fuerte, católicos convencidos, pero incómodos en su relación con la Iglesia poderosa de su medio, los constituyentes evidenciaron inconsistencias y tuvieron dificultad en concertar los consensos mínimos para lograr el objeto de una nueva constitución. No acababan de producir la Constitución cuando desconfiaron de ella y su compatibilidad con la gobernabilidad del país.

Contrasta con esta actitud dubitativa la decisión del gobierno de obligar a los funcionarios a jurarle lealtad al nuevo código. La autora sugiere que desde la perspectiva católica y conservadora todo era aún negociable hasta que este esfuerzo por sacralizar la Constitución satanizó la disidencia y rebajó su lucha ante la nueva magna carta. Puede pensarse que hasta ese momento todo era política y que desde entonces el Estado, como abanderado de la Constitución, adquiría la calidad de intocable. La "solución" fue la guerra civil, pero al comenzar los años sesenta, aun después de la "victoria" liberal, persistían la inestabilidad y restos del conflicto bélico. Los triunfadores afrontaban una moratoria de pagos insoslayable en su horizonte internacional. En la vertiente interna, tropezaban con una opinión liberal dividida en donde la opción por una dictadura que solventara la situación se planteaba con renovada estridencia, idea que con signo distinto favorecían

muchos conservadores, mientras un periódico de conservadurismo “moderado” —con otra visión de cómo refrenar a los contrarios— exigía el cumplimiento cabal de la Constitución y no su aplicación partidista por el gobierno. Para la autora, en 1862 la intervención extranjera de Gran Bretaña, Francia y España se potenciaba más por el desencanto y división de las fuerzas políticas mexicanas que por la consistencia y empuje de estas potencias.

Pani argumenta que las fuerzas políticas que apoyaron al imperio de Maximiliano se componían de mexicanos desencantados, de preferencias ideológicas distintas, pero marcadas por una pragmática determinación de acertar en la resolución del problema de gobernabilidad que aquejaba al país. En la tesitura de la crisis ontológica mexicana, jaloneada la nación por contradictorios reclamos de las libertades de las revoluciones democráticas y del orden y estabilidad indispensables para el progreso material, los “imperialistas” optaron por un régimen que —poniendo un dique contra Estados Unidos— propiciara la reconciliación política interna, la obra de codificación legal y la modernización de la administración de justicia, pero prescindiendo en lo inmediato de una constitución o una vida representativa electoral. Aquí la obra de Pani se ubica entre los dos grandes estudios de Charles Hale, entre ese liberalismo finalmente elitista de José María Luis Mora y el liberalismo conservador de Justo Sierra. Los imperialistas abordados por Pani habían desarrollado su orientación ecléctica y moderada desde finales de los cuarenta y en medio de la agresión externa y la terrible debilidad interna. No concebían marchar atrás, hacia la colonia, e incluso la experiencia política española contemporánea les resultaba lejana y poco inspirada. Políticos curtidos y prácticos, eran hombres de cultura que no pensaban eludir los dilemas del presente en utopías estériles, sino darles solución. Muchos eran abogados. La creación de un Estado moderno garantizaba una hacienda pública sana, fundamento del orden, a la vez que se ofrecía para resolver el régimen de libertades y la cuestión eclesiástica. Se ocupaban preferentemente de la forja de códigos legales modernos y mejores prácticas judiciales. Se conformaron con un “Estatuto provisional” del imperio por motivos coyunturales, pero aceptaban una versión conservadora de la teoría de la soberanía popular y no eran adversos a un sistema de representación compatible con la “soberanía de la razón”. Su acierto, en la visión de la autora, se puede medir en el importante legado jurídico que heredaron a la nación y que ha pervivido a pesar de su derrota. A la vez, en su

fracaso en el arreglo de la cuestión eclesiástica demostraron la falta de concierto interno al respecto entre los imperialistas, donde voces importantes sonaban más bien estatistas, liberales, resignadas a la reforma liberal, o simplemente pragmáticas. Aquí también, la experiencia imperial parece participar de una cultura política compartida ampliamente en que, según recalca repetidamente la autora, lo liberal y lo conservador —más que oponerse plenamente— confluyeron.

Si la propuesta política del imperio se ubicaba con perfecta lógica dentro de las coordenadas del imaginario mexicano del siglo XIX, los problemas económicos que encaró la monarquía también eran demasiado familiares. Ninguna idea de reforma fiscal podía convencer a los productores de estatus social alguno. Ningún presupuesto podía prescindir de la dependencia del agio. No se podía, sino promover industrias y actividades agrícolas nacionales, si bien no en la medida en que los demandantes querían. Los beneficios económicos se otorgaban de acuerdo con el peso específico de cada grupo, no a partir de un plan realmente concertado. Hasta las medidas fiscales de inspiración populista eran de un éxito incierto en cuanto a las lealtades populares que generarán. Finalmente, el imperio recayó en los préstamos y contribuciones forzosos a la cautiva población local cuando sus empréstitos extranjeros le fallaron. Consecuente con esta problemática, los grandiosos proyectos de obras públicas, un Banco de México y redes ferroviarias se vinieron abajo. Buenos deseos para mejorar las relaciones entre hacendados y peones se cebaron. La autora encuentra que una élite económica se acomodaba a todo lo que le convenía, pero no asumía compromisos más allá del corto plazo: amortización sí, para beneficio propio, pero no ligada a ningún proyecto de renovación de la propiedad de la tierra con carácter social; ninguna contemplación de los derechos de los pueblos a fondos legales ni pretensiones de mejoras para los peones.

La vuelta a la República, entonces, no es motivo de festejo cívico desenfadado en la óptica establecida por Pani. La decepción con el imperio era profundamente interesada y a corto plazo. Abarcaba gran parte de la élite económica nacional, que no parecía prosperar sin freno al amparo del imperio. Asimismo, el desencanto inspiraba un “quieto rencor” entre aquellos conservadores prudentes, pero casados con una “utopía moral” de una sociedad orgánica y holista, seguramente modelada sobre la metáfora de la “familia”, que deseaba un papel social más explícito

para la Iglesia y los símbolos del catolicismo. De modo que, en la visión de la autora, los grandes ganadores políticos en la debacle del imperio y la vuelta al imperio serían, finalmente, no los “puros”, sino los moderados, quienes de hecho son los protagonistas principales de esta obra, en una definición lata y no siempre partidista del término. En medio de oportunismos, localismos(?) y un conservadurismo católico algo marchito, el gran proyecto moderado de liberalismo dirigido y ordenado, racionalizador y codificante, orientado a las obras y no a los discursos, proyectaría sus ideas y hasta sus hombres, una vez imperialistas, hacia diferentes ámbitos del espacio público en la República restaurada y en el porfiriato. Tocando bases con Laurens Ballard Perry, Pani sugiere que la dictadura era la respuesta liberal, la secuela política natural consecuente con el trayecto y las dimensiones reales de la cultura política mexicana tras la caída del imperio. Respondía a la lectura generalizada de los límites al cambio y la crítica generalizada de los defectos particulares de aquel problemático monumento al liberalismo republicano que era la Constitución de 1857. El porfiriato, dentro de una dinámica cuestionablemente republicana, no perdería el interés en la codificación legal, el progreso material, el efectivo alcance gubernamental sobre el territorio nacional, ni el vocabulario científico-mecánico —que apartaran del gobierno lo voluble, lo errático y lo arbitrario— en materia de gobierno. Aquí descollaba el legado de los imperialistas.

Esta obra representa una encomiable labor de síntesis histórica y de crítica analítica. La autora ha sido acuciosa en su búsqueda de materiales publicados y de archivo que respondieran a las problemáticas que plantea como componentes de su propuesta. La obra es de gran envergadura en cuanto a la revisión historiográfica que propone, su fluido manejo de bibliografías teórica e histórica, y su abierta disposición de dialogar con una gama importante de historiadores dedicados a la época. Sus apéndices finales contienen valiosa información biográfica e institucional sobre los imperialistas. Sigue en la pauta marcada por Josefina Zoraida Vázquez y otros al ir más allá de etiquetas de partido para el análisis de posturas políticas, a la vez que lleva esto convincentemente al terreno del imaginario de la cultura política, donde ideología, valores y preferencias se encuentran. Pani ayuda a que pasemos con mayor soltura de la primera mitad del siglo a la segunda, y a que integremos en una sola vista las diversas etapas de ésta. Propone una visión de continuidades donde muchos han visto sólo rupturas y hasta mera “chaquetería”.

No obstante, quedan algunas cuestiones que saltan a la vista en este sugerente estudio. ¿La gran ruptura en la historia decimonónica es en los años cuarenta, especialmente después de la guerra con Estados Unidos? Pani, acorde con Charles Hale, así lo sugiere. Y hay buenos motivos para ello. Pero mucho de lo que la autora encuentra después de 1848 es el desarrollo de ideas que se habían entablado en los años veinte y treinta, y que a su vez responden a un legado no sólo de la "Ilustración" y la revolución francesa, sino a la Ilustración novohispana, las reformas borbónicas y la independencia mexicana en sus diversas fases. Las dos herencias confluyen, pero tienen aristas diferentes. Además, el famoso proyecto monarquista de José María Gutiérrez Estrada data de 1840. Es verdad que después de la guerra con Estados Unidos el hartazgo de los mexicanos con el desconcierto nacional era creciente. Pero si bien Pani da un espacio amplio y explicable al papel de los moderados, el peso específico de puros y conservadores "duros" quizá requiere mayor esclarecimiento del que provee este espléndido libro.

Aunque la autora tiene excelentes comentarios sobre la diferenciación entre los conservadores católicos, los conservadores más laicizantes y la jerarquía eclesiástica, y señalamientos oportunos sobre los distintos pareceres de ésta, terminamos la obra sin saber a ciencia cierta qué pasó entre los católicos y el imperio. Si bien el juramento de la Constitución de 1857 ha sido visto como un momento decisivo, con la presencia de personajes como el obispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, contemplada en primera plana, este imperio nunca es visto aquí como una propuesta plenamente católica; y la óptica de Luis Ramos sobre una Iglesia primero propositiva y luego arrepentida no se retoma, ni para convalidarla ni para refutarla. Quizá para "centrar" la acción política de los moderados, tanto liberales como conservadores, esto es justo y prudente. Mas sería bueno que no fuera hasta el punto de marginar a los católicos vociferantes de un proyecto que a veces ha sido visto como el último esfuerzo del ahogado por salvarse. ¿Los católicos se retiraron de la política del imperio o fueron arrimados más o menos conscientemente? ¿Se consumó durante el imperio una escisión entre un catolicismo complaciente con la reforma liberal así como con la secularización tendenciosa y un catolicismo más purista y "principista"? ¿Quiénes representaron a uno y otro? ¿Perduró tal hipotética escisión después de la caída del emperador para impactar el liberalismo republicano que resurgía?

En fin, esta obra es rica por lo que hace, que es “repolemizar” la historia política de la época como historia de mexicanos en busca del anclaje de la gobernabilidad, como historia nacional antes del hallazgo de un eje integrador eficaz. Como la autora afirma, deja pendiente la historia de las regiones mexicanas para la época. Asimismo, creemos que deja por hacer un estado de la cuestión en cuanto a qué papel jugaron los extremos de los partidos opuestos, y qué papel desempeñó no sólo la compleja jerarquía eclesiástica mexicana, sino una pluralidad de curas y laicos en la definición del arribo y los rumbos del imperio. ¿Qué nos dice el imperio sobre el desarrollo de la fe aún dominante de los mexicanos, sus transformaciones políticas? Pani nos brinda interesantes e informados comentarios sobre algunos de estos aspectos, pero la autora no sólo nos ha dado un estudio rico por lo que hace, sino también por lo que nos obliga a plantearnos a futuro. Felicitamos a la autora y a El Colegio de México por esta aportación.

Brian CONNAUGHTON

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Juan ESPINOSA: *Diccionario para el pueblo*. Estudio preliminar y edición de Carmen McEvoy. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-University of the South-Sewanee, 2001, 673 pp. s. ISBN

La instauración masiva en la América hispana de regímenes republicanos de gobierno, producida inmediatamente tras la independencia, tuvo ciertamente, mucho de contingente. Como suele señalarse hoy, eso fue menos el resultado del desarrollo de una ideología coherente y articulada y de larga maduración (supuestamente llegada con los escritos de la Ilustración que lograron eludir el control de la censura colonial) que producto de una sucesión de acontecimientos y circunstancias más o menos fortuitos. Una de ellas fue la mera ausencia, en la región, de casas reales (el caso de Iturbide en México serviría de ejemplo de la dificultad para suplir esta carencia con figuras que no tenían ninguna legitimidad tradicional) unida a la renuencia de las casas europeas a aceptar asumir, en el clima instaurado por la restauración, supuestos tronos emanados, en definitiva, de procesos